

EL ALBUM.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, ARTES, TEATROS, SALONES Y MODAS.

Dirección y Redacción,
Pedregosa, 7.
Administración, Azonaicas, 4.

DIRECTOR.—D. CÁRLOS DIAZ.

Precios.
En Córdoba, trimestre, 6 rs.
Fuera de la capital; id., 7 id.

SUMARIO.

El Conde Dou Julian, por L. M. Ramirez y de las Casas-Deza.—¿A quién ya?, poesía, por Eduardo Ruiz y Garcia.—Alejandro Manzoni.—Poesía, de José Jover y Paroldo.—Oigo tu voz, poesía, por J. Lopez Herrera.—Cantares, por J. L.—Misceláneas.—Pasatiempos.—La señorita de Champrosay, novela, por Carlos Franquelo.

EL CONDE DON JULIAN.

CONSEJA CORDOBESA.

Grande nombradía debió de dejar en este país el famoso conde don Julian, á quien el vulgo atribuye por entero la pérdida de España. ¿Sería natural de esta tierra, ó poseería en ella algunos bienes ó estado, y de aquí haberse originado la conseja que de él se cuenta? Es pues indudable que por lo comun no hay tradicion popular por absurda que sea, que no haya tenido algun principio cierto, aunque sea imposible rastrear cual haya sido este, porque de un suceso ordinario se ha formado un largo cuento desfigurándole, y se le han agregado las mas potentes circunstancias.

Por los años de mil quinientos y tantos un alguacil de Córdoba llamado Morales iba á una comision á los Pedroches, y habiendo perdido el camino en medio de la sierra, fué á dar en un colmenar donde solo halló un hombre con su mujer. Asi que estos le vieron quedaron admirados de que un hombre á caballo hubiese llegado hasta aquel sitio donde jamás habian visto otro que el dueño del colmenar. Preguntáronle á que iba por aquellas asperezas tan fuera de camino, á que respondió que le habia perdido, y que no habia encontrado persona alguna á quien preguntar, y como ya espiraba el dia, les pidió le permitiesen pasar allí la noche. Dijole el colmenero: De buena voluntad os recibiremos en nuestro albergue; pero sabed que no tenemos

cama para vos, ni un grano de cebada para la mula, y además, que si sois hombre de poco ánimo os morireis de espanto oyendo lo que pasa todas las noches cerca de esta chosa. ¿Pues que es lo que pasa? preguntó el alguacil. Yo os lo diré, dijo el colmenero. A un tiro de escopeta de aquí hay una fortaleza que dicen fué del conde don Julian por quien se perdió España, y todos los días siendo la media noche son tantos los lamentos, voces, ruido y sonar de cadenas que se oyen, y llamas de fuego que se ven, que es maravilla subsistamos nosotros aquí, y el dueño de estas colmenas cuando viene á verlas jamás pasa la noche en este sitio. Pues ¿cómo tiene aquí este colmenar, dijo el Morales, pasando las cosas que decis? Le tienen, respondió el colmenero, porque es este sitio tan bueno, de tan apacible temple, y tan fértil, que todo el año hay flores con que las abejas tienen muy buen pasto, y se coge abundante cosecha de miel. Y ¿no hay por aquí algunos ganaderos? preguntó el alguacil. Ningunos, dijo el colmenero; porque si acaso se acercan alguna vez, en oyendo lo que he dicho todos huyen. Pues sin embargo de todo, no tengo otro recurso que pasar aquí la noche, aunque no tengais provision alguna, cuanto mas que me habeis puesto deseo de experimentar lo que me habeis contado. Pidió le hiciesen merced de venderle cuatro panes para la mula, y él cenó con el colmenero y su mujer besenas tajadas de venado y jabalí de las reses que en aquellos sitios tan ásperos y montuosos solia matar el colmenero. Luego compusieron al alguacil un cadalecho y se acostó, habiendo encargado antes que le despertasen cuando se oyese el ruido.

Llegada, pues, la media noche, principiaron á oírse las voces, el gran estruendo, el ruido de las cadenas y los lamentos, y de cuando en cuando salian llamas, y repetian lo que sigue: ¡Conde don Julian, venid que ya es hora! Ea, ¡criados disponed los lebreles y sabuesos, aparejad los adherentes de la caza, estad prontos! ¡Maestresala! que esté

á punto la comida del conde..... miren que viene..... que viene..... Y dicho esto se oían unos gemidos tristísimos y dolorosos que retumbaban en la montaña. Todo lo cual oyó el alguacil Morales, y aunque hombre de valor se hincó de rodillas, pidió á Dios perdon de sus pecados, y esfuerzo para salir de aquel lugar. Así que amaneció cesó todo, y el alguacil rogó al colmenero le llevase á ver la fortaleza donde aquella terrible escena pasaba. Llevóle, y vió que era un fuerte castillo rodeado de torreones que tenia varias piezas, y un aljibe, y subiendo á lo alto descubrió desde allí un hermoso paisaje; pero aquel solitario edificio abandonado solo servia de albergue de fieras y de aves nocturnas y de rapiña. El colmenero sacó de aquellas breñas al alguacil y habiéndole puesto en camino le despidió y se volvió á su chosa.

Por aquellos mismos tiempos habia en Córdoba un honrado labrador llamado Baltasar de Ahumada, el cual cultivaba un lugar en la sierra, y teniendo mucho que hacer un dia en su heredad, se levantó muy temprano y salió al campo por la puerta nombrada del Rincón, que le abrieren los porteros porque era conocido de ellos. Iba el Ahumada en su caballo y armado de lanza, y llegando cerca de la puerta del convento de nuestra señora de la Merced, que dista corto trecho de los muros, encontró un hombre tambien á caballo armado de pies á cabeza que llevaba lanza y adarga, el cual le dijo: Señor hidalgo, ¿á donde vá vuestra merced tan temprano? Lléguese acá y hablaremos un rato, pues aun no han dado las dos. El lagarero que no estaba en que fuese tan temprano, se llegó á donde estaba el caballero y le saludó: entonces este le dijo: Parece que vais á la sierra: decidme ¿hay en ella las hermosas huertas, los grandes naranjales y amenos jardines que en otro tiempo? Porque en opinion de hombres entendidos no hay en el mundo terreno que se pueda comparar á este. El lagarero respondió; Parte de eso ha quedado, porque todo vá en decadencia, y los servicios y pechos son tantos, que los esquilmos no bastan para pagarlos, y así se vá perdiendo todo: solo las heredades de los mayorazgos, y de los canónigos que tienen rentas, son las que están mejor tratadas. La ciudad, dijo el caballero, debe de permanecer en el mismo estado que en tiempos antiguos. Así es, dijo Baltasar de Ahumada; nada va en aumento; antes en los pocos años que cuento echo de ver que se arruinan edificios que ennoblecian esta ciu-

dad, los cuales no se reedifican, y todo vá á menos por la estrechez del tiempo, que harto se hace con vivir. Entonces el caballero dando un gran suspiro dijo: ¡Cuan floreciente conocí yo á esta famosa ciudad! ¡Qué de gente principal, y qué de nobleza habia en ella! ¡Qué contento reinaba en sus habitantes! ¡Qué de ejercicios de armas habia, y qué de danzas y saraos! Era tal la grandeza y magnificencia de esta ciudad, que en oscureciendo se iluminaba desde la puerta de ella hasta el puente que se llama de Alcolea, que hay ocho millas, y se comunicaba toda la gente que se iba paseando á pié y á caballo de una parte á otra que era cosa de ver. ¡Válame Dios! ¿Pues tan anciano sois que habeis visto todo eso? ¡Oh! Si soy, respondió el caballero: há mas de ochocientos años que pisaba yo estos lugares..... Al oír esto el lagarero se le erizo el cabello de espanto, y no sabia qué hacer si permanecer al lado, ó huir del que así le hablaba. ¿No habeis oido alguna vez, continuó, el nombre del conde don Julian? Pues yo soy ese desventurado conde gobernador de Ceuta, por quien se perdió España, que estoy padeciendo tormentos increíbles en el infierno; y diciendo esto dió un terrible estampido y desapareció el caballero y el caballo, dejando un fuerte olor sulfúreo. Baltasar de Ahumada quedó tan espantado con tan terrible vision, que pensó espirar de susto y, no teniendo ánimo para continuar su camino, se volvió malo á su casa y á los cuatro dias murió.

L. M. RAMIREZ Y DE LAS CASAS DEZA.

¿Á QUIEN YA?

Mis lágrimas de fuego,
Mis dulces espresiones,
Mi mas humilde ruego,
Mis quejas de dolor;
Inútiles han sido,
Y en vano para ella,
Que al fin desvanecido
Contemplo ya su amor.

Y todo en la natura
Ostenta, sin embargo,
La dicha y la ventura
Que ultrajan mi pesar.
El sol cruzando el cielo,
Cual antes mi alegría,
De mi alma alumbra el duelo
En que se siente ahogar.

Tambien la misma es ella,
Tan noble, tan hermosa,

Tan pura cual la estrella
De lánguido fulgor;
El ser que nació un día
Del beso que un querube
Dejó en la selva umbría
Al cáliz de una flor.

Mi amor para mí es tanto,
Que al verlo convertido
En penas, en quebranto,
Y en misero desden;
Me asombro de que el mundo
No cambie su alegría
En el dolor profundo,
Y hasta en el mal el bien.

Mas no estrañarme debo;
Bebí en dorada copa
Dulzuras, y ahora bebo
La hiel de la pasión;
Y el mismo es el que late,
Sufriendo el que gozara,
En fúnebre combate
Mi pobre corazón.

Si queda todavía
Un resto de la llama
Que ardió en el pecho un día,
Señor, de esa mujer;
Haced que se agigante,
Haced la chispa bogueira,
Haced que se levante
Con mágico poder.

A Lázaro la vida
Le diste en el sepulcro,
Tu mano bendecida
Su tumba al señalar;
Un muerto soy que anda,
Pues mi alma está ya muerta,
Señor, mi dicha manda,
Si he de resucitar.

«Mis lágrimas de fuego,»
«Mis dulces espresiones,»
«Mis mas humildes ruegos»
«Mis quejas de dolor;»
¿Serán contigo en vano,
Contigo Bondad suma,
Del mundo Soberano,
De todos el Señor?

EDUARDO RUIZ Y GARCIA.

ALEJANDRO MANZONI.

De nuestro ilustrado colega *El Liceo de Granada*, tomamos lo siguiente:

«Es general el sentimiento que reina en Italia por la muerte de Alejandro Manzoni. «Italia está de luto,» exclama *Il Pungoto*; con mas razon podia decir que Europa entera, que conoce y admira al célebre autor de *Los prometidos esposos*, *El 5 de mayo*, *Los*

salmos religiosos y *El Conde de Carmagnola*, deplora la muerte del hombre que ha bajado á la tumba ornado con los laureles que, como poeta lírico, poeta dramático y novelista, ha merecido de la general admiracion.

Pocos datos biográficos podemos dar hoy á nuestros lectores. Sabemos tan solo que Manzoni (Alejandro) nació de una noble familia en Milan el 7 de marzo de 1785; que se casó en primeras nupcias con Enriqueta Blandel, y en segundas con Teresa Borri; que era senador del reino, y que ha muerto el 22 de mayo último, en su ciudad nativa á las seis y quince minutos de la tarde, en su casa, calle del Morone, núm. 1.

Sus últimos instantes han sido un modelo de humildad cristiana; sus últimas palabras fueron las siguientes: *Quando saró morto fate voi quello che facevo io ogni giorno; pregate sempre per l'Italia... pregate per il re e la sua famiglia..... tanto buoni con me!* «(Cuando haya muerto, haced lo que yo hacia todos los días: ¡rogad por Italia..... rogad por el rey y su familia..... que tan buenos han sido conmigo).» Despues se hizo poner en la cabeza un pañuelo mojado con agua helada, y espiró.

Apenas se supo en Milan que el fecundo ingenio estaba en su último trance, una multitud inmensa llenó la calle del Morone, y el municipio se constituyó en sesion permanente, acordando, al recibir la triste noticia del fallecimiento, que á costa de la ciudad se embalsamase el cuerpo, se le celebrasen unos suntuosos funerales, enterrándole en el cementerio monumental; que la calle del Jardín se llamase desde aquel día de *Alejandro Manzoni*; que se comprase la última morada del poeta, destinándola á Museo civil, conservando la habitacion en el mismo estado en que se encontraba; y por fin, que se comprasen tambien todos los manuscritos que conserva en su poder la familia.

La fachada de las Casas Consistoriales se cubrió de gasas y terciopelo negro; los diarios aparecieron orlados de luto; la empresa del teatro Tossati suspendió la funcion *por la morte di Alessandro Manzoni*; en todas las escuelas los maestros han dirigido á sus discípulos discursos llenos de sentimiento, y se han cerrado muchas tiendas del comercio.

Digno es un pueblo que viste luto nacional por la muerte de un poeta; tan dolorosas manifestaciones honran á Milan.»

Por el *Diario de Córdoba* saben ya nuestros lectores que en Portugal se dió hace unos dias una corrida de toros en obsequio á las señoras españolas allí emigradas. Nuestro compatriota amigo y colaborador Sr. D. José Jover, repartió con tal motivo la siguiente composicion, que creemos verán con gusto nuestros lectores.

La vistosa capital
De la noble Portugal,
Esta tarde manifiesta
En una agradable fiesta
Su fnura habitual.

Hay de toros gran corrida,
Y la gente distinguida
La plaza debe ocupar,
Para poder admirar
Una funcion tan lucida.

Los mas apuestos señores
Han de ser los lidiadores,
Y adornan el redondel
Convirtiéndolo en Vergel,
Mil damas con mil primores.

Invitan al extranjero,
Que lleno de gratitud
Agradece, placentero,
La amable solicitud
De pueblo tan caballero.

Y es de ver la bizzarria
De la bella Portuguesa,
Que dama de gran valia,
Por distincion embelesa,
Por hermosura estasia.

Aqui reina la amistad
Entre una y otra nacion,
Porque esta bella ciudad
Tiene por primer blazon
Su noble hospitalidad.

Con su delicado esmero,
Su trato fino y amable,
Convierte suelo extranjero
En mansion tan agradable
Que nunca olvidarla espero.

Y pues solícito afan
Muestra este pueblo galan
Por obsequiar á su hermano,
Reciba la franca mano
Que los de España le dan.

Y vosotros lidiadores
Que lucis tantos primores
En los saltos y cabriolas,
Admitid dulces y flores
De las damas españolas.

Es muy corto galardón
Para quien tanto merece,
Pero aceptad la espresion,
Porque la Española ofrece
Siempre con el corazón.

Y ojala que llegue un dia
En que nuestra madre España,
Del Pirene á Andalucia,
Pueda matar la anarquia
Que su limpio honor empaña.

Para entonces, los del suelo
Del crotalo y guitarrilla,
Os pedimos con anhelo
Que vengais hasta Sevilla
Que es la antesala del cielo.

En Córdoba habeis de estar,
En Córdoba la soltana,
Y vereis si por pagar
Mi patria sabe tirar
La casa por la ventana.

Vereis gallardas lucir
La Mesquita y la Giralda;
Vereis si saben cumplir
En los campos de esmeralda
Que riega el Guadalquivir.

Vereis la region amena,
Vereis el valle fecundo,
Que la gran sierra morena.
Tapa del resto del muudo
Por no matarlo de pena.

Hasta el hombre mas modesto
Pone allí de manifiesto
Cuanto vale y cuanto tiene,
Que cuando al honor conviene
Todo Español hecha el resto.

Y tanto afan en servir
Tiene la andaluza esfera,
Que si algo habeis de pedir,
Al darlo, habrán de decir
«Oro molido que fuera.»

Si, Caballeros corteses,
Os jura la patria mia,
Pagar, si puede con creces,
La probervial hidalguia
De los nobles Portugueses.

OIGO TU VOZ.

Á ELLA.

En el grato susurro de aura leda,
En el canto del pardo ruiñeñor,
Y en las suaves notas de mi lira
Oigo tu voz.

En el murmurio de apacible arroyo,
Y en el leve suspiro que brotó
De los carmíneos lábios de una vírgen
Oigo tu voz.

Y en la callada y solitaria noche,
Cuando se eleva el pensamiento á Dios,
En el tranquilo fondo de mi alma
Oigo tu voz.

J. LOPEZ HERRERA.

CANTARES.

La ausencia causa olvido
dice el adagio;
pero yo, de tí ausente,
no te he olvidado;
Que mis amores
con la ausencia no mueren,
se hacen mayores.

Dices que no me quieres,
y no has pensado
que no dicen tus ojos
lo que tu lábio;
Que tu mirada
me dice lo que encierra.
niña, tu alma.

J. L.

MISCELÁNEAS.

El General Pavia, tan galante como *apacible* ha dado órdenes para que la charanga del Regimiento de Zamora entretenga á nuestras paisanas en el Gran Capitan durante las noches que permanezcan aquí las tropas; dando así gusto con esas dos notables cualidades á bellas y á conservadores.

En la madrugada de ayer tuvimos el disgusto de ver alejarse de nosotros al eminente político é insigne poeta Sr. D. Adelardo L. de Ayala, que ha dejado á su paso por esta capital huellas de su esclarecido ingenio en los albums de alguna de nuestras hermosas.

Un respetable amigo forastero se nos ha quejado ayer de la groseria y malos instintos de los cobradores de las sillas del Gran Capitan. Seria de desear que el contratista amonestára á estos *monstruos* para que no deslustraran el buen nombre del pueblo cordobés, con su proceder inconveniente.

Hemos tenido el gusto de saludar á su paso por esta capital, á nuestro distinguido amigo y colaborador, Sr. Don José Nuñez de Prado.

Querida Rogelia: No te merezco. Hace dias que no nos comunicamos, y aun vivo; esto es inverosímil. Se explica sin embargo, por que yo me agito, me desvelo, hago grandes economias en el tiempo, para alcanzar muy pronto la dicha de verte. No iré solo. Hay personas de tu agrado que me acompañarán. No he tenido inconveniente en conformarme á esta compañía, primero por que ha de gustarte; despues, por que fio en tí como en Alá los árabes y sé que no me será jamás funesta esta condescendencia.

Es muy tarde; el número se cierra como la sensitiva al leve contacto de tu blanca mano. Ansiando besarla me despido.

Yo.

¿Eres tú nuestro amigo Cárlos Franquelo? Si nosotros no hemos cumplido todavía contigo como corresponde, no hay equidad en que tu hagas lo mismo con nosotros.

Nosotros, pidiéndote novela, somos el público. Tú, pidiéndonos cartas, eres... *un solo monstruo*.

CEDEBE.

El Sr. D. Pedro Lopez ha cedido por tres años la contrata del Gran Teatro al señor don Rafael Martos. Esperamos de la actividad, inteligencia y buen gusto del Sr. Martos que nos traerá buenas compañías de ópera y verso, de lo que hay verdadera ansiedad en Córdoba, y desterrará la fatal zarzuela, que ya nos tiene cansados, satisfaciendo así los deseos del público que salvará á su vez, agradecido, los intereses del Empresario.

El jueves 28 del presente ocurrió en Madrid un estrañísimo y sorprendente suceso que puso en conmocion á toda la capital, dando que hablar para muchos dias.

En la calle del Piamonte se habia establecido en un portal un francés que enseñaba dos lobos marinos corpulentísimos. Serian las nueve y media de la noche y llenaba el portal un gentio inmenso, ávido de admirar aquellos monstruos: el domador, deseoso de satisfacer al público haciéndole ver prodigios de habilidad en aquellas fieras, hizo salir á la mas

grande de ellas, y dándole un baston de hierro que tenia en la mano la mandó traer una cajetilla de cigarros de un estanco próximo. La gente se replegó aterrada al ver salir al animal y la seguian con la vista los mas medrosos y mas de cerca los mas decididos. Pero cuál no seria el asombro de unos y otros al ver que el mónstruo al salvar la esquina de la calle redobla los saltos y contorsiones, alejándose de casa del amo por la calle del Barquillo hácia la de Alcalá. Los gritos de la muchedumbre avisaron al amo de que algo estraño debia suceder, y perdiendo su calma sale á la calle, ve huir al animal y se lanza tras él á todo correr, y tras de ámbos una turba infinita de hombres y muchachos, gritando á mas y mejor. El mónstruo corria, ó mejor dicho saltaba con una velocidad indescriptible, y muy pronto llegó á la Puerta del Sol, cruzóla, y detrás la columna de vagos y curiosos cada vez mas grande y cada vez mas ruidosa, cuyos gritos hacian llenarse de gente puertas y balcones. El animal, animado ó miedoso ya por aquel estruendo que le perseguia, centuplicando la velocidad de su carrera, tomó por la calle del Arenal y doblando luego por la de Capellanes, se entró en el teatro de este nombre. Los que le seguian primero y despues el público que llenaba el teatro lanzaron un agudísimo grito de terror al verle entrar. Pero el animal, pareciendo no conmoverse por él, y como si nada le importara tanta gente y le llevara hasta aquel sitio un interés particular, saltó por encima de la orquesta, se asomó á la concha en que estaba el apuntador, y despues de comerse el libreto de la zarzuela que se representaba, se tendió á descansar.

*
*
*

Hemos tenido el gusto de visitar el Colegio de señoritas que dirige en esta capital la profesora superior de primera enseñanza Doña Antonia Burillo de Alcaide, y que tiene establecido en la calle de Prim, número 19, y hemos observado el excelente estado en que se halla la enseñanza, no solo en la parte educativa, sino en la de instruccion, debido al celo-interés é inteligencia que le distinguen.

Escojidas y bien ejecutadas labores de todas clases completan en dicho Colegio la educacion de la mujer,

Las enseñanzas del idioma francés é italiano son en él comunicadas con perfeccion y sencillez, así como la de música y de dibujo.

*
*
*

PASATIEMPOS.

CHARADA.

—
AL TODO.

Tu nombre me han dado, hermosa,
para que forme charada;
y aunque me falta el ingenio,
la voluntad no me falta
para hacer combinaciones
en tu obsequio, beldad rara.
Por tanto: haré lo que pueda
y valga por lo que valga.

*
*
*

Ya sabrás que á *prima* doble
la guerra está haciendo Italia,
que la *dos* es una letra
poco usual en España,
que la *segunda* y *primera*
nos suele hacer mucha falta,
pues nos preserva en invierno
de los vientos y las aguas.
Del *todo* nada te digo;
ya sabes, niña adorada,
que el bello nombre que llevas
fué el tema de mi charada.

J. LOPEZ.

LA SOLUCION EN EL NÚMERO PRÓXIMO

SOLUCIONES AL NÚMERO ANTERIOR.

CAMAROTE.

ADVERTENCIA.

Siendo este el primer número del cuarto trimestre, y no habiendo abonado algunos señores suscritores el importe del tercero, les rogamos se sirvan hacerlo efectivo en esta Administracion á la mayor brevedad posible, á fin de evitar los perjuicios que su morosidad nos ocasiona.

CÓRDOBA:

Imprenta de LA ACTIVIDAD,
Azónálcas, 4.

—Esos sentimientos generosos se espican sin dificultad, dijo Valentina con amable acento, teniendo en cuenta la enseñanza y el ejemplo de su padre.

—Ah! señorita! esa frase es lo único que puede hacerme creer en los méritos que se me atribuyen: cuanto agradezco á V. su bondad....

—Tiene razon Valentina, interrumpió la baronesa; yo no olvidaré jamás, Mr. Herbault, que solo por sus esfuerzos de V. han obtenido mis propiedades lo que valen en realidad. Además yo no sé hasta que punto tuviese V. necesidad de adquirir las.

—Francamente, señora, yo podría haberme pasado sin ellas; pero noticioso del noble y elevado motivo que determinaba á V. á venderlas, así como la codicia que despertó en algunos la idea de obtenerlas á un vil precio, me decidieron á intervenir é intervine. En realidad V. no me debe gratitud ninguna, porque el negocio es aun excelente para mí.

—Yo celebro que no tenga V. de que arrepentirse en este asunto; pero no por eso quedo menos convencida de que mi hijo y yo debemos estarle agradecidos.

—Yo creo lo mismo, dijo Didier.

—Pues yo nó; replicó Mr. Herbault; porque es preciso hacer— y permitame Vds. la palabra.—el *balance* de nuestras situaciones respectivas: ahora bien, como yo me complazco en ser padre primero que capitalista, creo que el baron matando al perro rabioso que amenazaba á mi hija, ha hecho cien veces mas que yo salvando á Vds de las garras de un especulador sin conciencia, que trataba de apoderarse de estos bienes sin pagar lo que valian. Vean Vds., pues, como en justicia soy yo el que debe estarles agradecido.

—Bravo! exclamó Félix Duhautbois. Esto es lo que se llama tener un pico de oro; amigo mio, esa manera de argumentar no admite réplica.

—Sea, dijo la baronesa; no replicaremos, y aun consiento en

reconocer, para emplear el lenguaje comercial, que el inventario de los servicios prestados ofrece un déficit á mi favor; pero advierto á Mr. Herbault que hago saldo completo y que insisto, por otra parte en mi gratitud y en mi.... amistad.

La señora de Mervilly acentuó esta última palabra con una gravedad encantadora, en la que se percibía, sin embargo, un poco de ese orgullo aristocrático que tiene la conciencia de estar dispensando un honor. Mr. Herbault comprendió la parte vanidosa de la amable protesta; pero, aunque él tubiera como todo hijo de sus obras, una excesiva susceptibilidad, resultado de su valor personal, no quiso darse por entendido, y aun juzgó muy natural que la muger que tan caballerosamente se empobrecía, tubiera la certeza de conferir con su amistad una suprema distincion.

—La benevolencia con que V. me trata, señora, respondió, me alhaga extraordinariamente, y me dá, sobre todo, valor para hacer á V. una proposicion que me alegraria en extremo que aceptara.

—Cual, caballero?

—Permitame V. que le diga primero que al adquirir estas propiedades solo he pensado en la colocacion mas segura de mi capital. Nunca se me ha ocurrido utilizarme de las ventajas especiales de vuestro magnífico dominio. Así, mi proyecto es completamente opuesto, como supodrán Vds., á abandonar la casa del camino de Lisieux, ni menos á trasportar mi domicilio al palacio de Mervilly: esto será sin duda tentador, no lo niego. ¡Vivir entre estos muebles, estos objetos de arte y estos adornos; pasear por este parque régio; todo, en fin, es delicioso; pero debo confesar, aunque pase por hombre de mal gusto, que prefiero mi morada de la Roseraye, y Vds. comprenderán porqué: allí todo esta hecho, distribuido y adornado segun mis caprichos é inclinaciones; y, sobre todo, la Roseraye representan los primeros cincuenta mil francos líquidos de que yo pude disponer, despues de largos trabajos y perseverancia: su mueblage es....

simplemente cómo lo, y nada más: pero así tal como es, yo le encuentro una perspectiva tan alegre, un encanto tal, que no lo veo en ninguna otra quinta. Y, prescindiendo de sus jardines, de sus bosquecillos y de sus alamedas, tengo á cien pasos lo que mi espíritu industrial ama mas que nada: mi fábrica, sobre el Orbiquet, con sus cien ventanas y su alta chimenea que parece una columna de basalto; con su poblacion de obreros, de quienes soy el padre y el amigo... Pero V. conoce todo esto: señora baronesa; así es que al hablar de ello solo he querido convencer á V. de que jamás podré yo residir fuera de la Roseraye, y suplicar al mismo tiempo á Vds. que sigan habitando todo el tiempo que gusten, este palacio que tanto deben amar.

Esta conclusion no era esperada ni aun por Clotilde, porque Mr. Herbault no le habia dicho que tenia intencion de llevar su reconocimiento hasta ese grado de desprendimiento. La verdad es que el proyecto le vino á las mientes en el mismo salon donde se encontraban, y que al dirigir la proposicion lo habia hecho espontaneamente.

Una espresion de sorpresa, mezclada de contento en los unos y de embarazo en los demás, acogió el ofrecimiento de aquel hombre de bien. Clotilde y Félix estaban encantados: la baronesa, Didier y Valentina parecian un poco contrariados. Aprovechándose de este momento de duda y de silencio, Mr. Herbault añadió:

—No tengo necesidad de advertir que los gastos de reparacion y embeldecimiento son de mi cuenta; porque esté ó no habitado, en mi interés está conservar á Mervilly tal como es. Prolongando, pues, vuestra residencia aqui, no trastornan mis planes ni cambian mis intenciones; haciéndome, por el contrario, una merced, pues una casa siempre está mas cuidada con moradores que sin ellos. Permittedme Vds.. pues, que insista en ofrecerles la habitacion de este palacio.

Mientras que Mr. Herbault hablaba, la baronesa cambió mas

—En fin, hijo mio, démoslo por bien empleado puesto que la señorita Clotilde está en salvo.

Y volviéndose hácia la jóven le preguntó como sus gritos no habian sido oídos en el molino.

—Es que no estaba en él ninguno de sus habitantes, respondió Clotilde, porque algunos minutos antes fui yo misma á dar á la molinera noticias de una pobre anciana por la que nos interesamos ambas y á la que venia de visitar, y no encontré á nadie.

Al espresarse así Clotilde se turbaba por momentos.

Un vivo carmin se extendió por sus mejillas y especialmente en un momento en que sus miradas se encontraron con las de Didier.

Clotilde era una niña tímida y graciosa, de naturaleza tierna é impresionable. Sin ser extraordinariamente linda, poseia ese encanto de su sexo que resulta de la delicadeza de formas y de la dulce espresion del rostro. Era pequeña y esbelta; ojos azules, dientes de nieve y cabellos castaños cuya abundancia contribuia á dar á su cabecita un atractivo encantador. A pesar de su espresion de bondad y candor se adivinaba en ella un alma capaz de sentir y entusiasmarse.

La baronesa advirtió la turbacion de la jóven y le dijo sonriendo:

—No debe V. sonrojarse de sus buenas acciones: ya sabemos que V. es la caridad de estos contornos: si le sobreviniera alguna desgracia habria una verdadera consternacion entre los pobres y entre todos los que hemos tenido el placer de conocerla.

—Es cierto repuso el baron: esta señorita es muy querida de todas las gentes del pais, y bien lo merece quien ha consolado tantas miserias y enjugado tantas lágrimas.

—Oh! si: mi hija tiene un buen corazon, exclamó Mr. Herbault tratando de disimular el orgullo paterno que se dibujaba en su franca fisonomia.